

REENCUENTRO CON ARIEL Y CALIBAN

Roland Ely

Todas las encuestas indican que el próximo presidente del Perú será Alan García, el joven (treinta y cinco años) y dinámico candidato de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Así, sesenta y un años después de la génesis del partido en México, como inspiración del exiliado Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), un aprista tomará posesión de la presidencia peruana. El camino no sólo ha sido largo, sino también muy duro, obstaculizado por estafas electorales, masacres y golpes de estado militares, para frustrar las ambiciones del carismático fundador de la APRA y sus legiones de fieles seguidores.

El triunfo aprista, al fin y al cabo, suscita una cadena de recuerdos nostálgicos. Conocimos al legendario Haya de la Torre, primero, en un colegio secundario de Connecticut. Un profesor de historia nos prestó un gastado ejemplar de la polémica *Fire on the Andes* ("Fuego en Los Andes"), por Carleton Beals, un crítico despiadado del imperialismo norteamericano en América Latina. (1) Luego, al visitar el Perú como turista, conferencista y participante en mesas redondas televisadas, formamos una cantidad de amistades entre los dirigentes y las filas de la APRA.

Dentro de las experiencias que se proyectan en la pantalla de la memoria, resalta la noche del 25 de Septiembre de 1961 en Lima. Cumplimos, en esa ocasión, con una invitación de dictar una conferencia en la Secretaría Nacional del Plan de Gobierno de la APRA en su sede. Ahora, relejendo el texto, (titulado "Ariel y Calibán") después de tantos años, nos llama la atención el viejo refrán francés: *plus ça change, plus c'est la même chose*.

En abril del mismo año, el entonces presidente Kennedy había exacerbado las ya tirantes relaciones interamericanas, al desembarcar a los "contras" de aquel tiempo en la Bahía de Cochinos. Hoy, el

1. *Fire on the Andes* apareció en 1934. Entre otros libros pintorescos y adivinadores del veterano periodista, figuraron: *Banana Gold* ("El oro bananero", 1932, en que describió la campaña infructuosa de la Infantería de la Marina Norteamericana contra el General Augusto César Sandino, 1895-1934, y sus entrevistas extendidas con éste); *The Crime of Cuba* ("El crimen de Cuba", 1933); *America South* ("América: Sur", 1937); y *The Coming Struggle for Latin America* ("La lucha inminente por América Latina", 1938, en que analizó las rivalidades internacionales en la región y advirtió la influencia creciente de la Alemania Nazi).

inquilino actual de la Casa Blanca hace lo posible, fuera de enviar a la Marina y al Ejército, para tumbar al gobierno sandinista en Nicaragua. Al parecer, Hegel tenía la razón cuando observó que de la Historia aprendemos, que no aprendemos de la Historia. El cuadragésimo presidente de los Estados Unidos, ha corroborado más que adecuadamente el aforismo del filósofo alemán en los primeros cuatro años de su mandato.

Reflexionando sobre las treinta y dos recomendaciones propuestas en Lima, para mejorar las relaciones Norte-Sur en el Nuevo Mundo hace casi un cuarto de siglo, resulta interesante hacernos ciertas preguntas. Por ejemplo: ¿Cuáles de tales sugerencias son apropiadas para la década del 80? Aparte de los Tratados Torrijos-Carter de 1977, sobre el Canal de Panamá (I/6), y la extradición del General Marcos Pérez Jiménez de Miami a Caracas (V/8) en 1965, ¿cuántas otras han sido realizadas, aun parcialmente? Si Washington hubiera implementado algunas en el campo económico (II), ¿habría sido posible evitar el desastre de la deuda exterior de América Latina con bancos comerciales en Estados Unidos, Europa y Japón? En el terreno militar (III), ¿hasta qué punto hubieran podido alterar los sucesos desde 1961, especialmente la tragedia de las Malvinas en 1982?

Aunque no sea nada más que un pasatiempo académico, tal ejercicio podría servir como punto de partida para reflexiones más pertinentes a los últimos años del siglo XX. Utilizando la ventaja derivada de una visión *post facto*, el lector puede formular su propia lista de proposiciones. Reproducimos abajo el texto completo de la Conferencia dictada en Lima hace veinticuatro años.

“La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o el mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección”.

(JOSE ENRIQUE RODO, *Ariel*)

Apenas dos generaciones han pasado desde que el filósofo uruguayo José Enrique Rodó hizo su famosa comparación entre *Ariel* y *Calibán*. Pues bien; hoy día millones de latinoamericanos todavía ven a Estados Unidos como Calibán, la quintaesencia del materialismo. Y a sí mismos se consideran Ariel, la corporización de las aspiraciones del hombre. ¿Por qué?

Después de haber expulsado a sus amos españoles y portugueses en el siglo pasado, nuestras repúblicas hermanas tratan ahora de dominar a enemigos tales como la pobreza y la miseria, el hambre y las enfermedades, el analfabetismo y la superstición. Algunas hacen la guerra contra esos enemigos comunes mediante la evolución, en tanto que otras prefieren hacerlo por la revolución. Todas ellas sienten prisa, impacientes ante nuestra aparente indiferencia hacia sus problemas críticos desde 1945. Gastamos sumas inmensas en otras regiones del mundo, incluso en los países que en tiempos de guerra fueran nuestros enemigos, al tiempo que ignoramos las necesidades imperativas de nuestros vecinos más cercanos.

Las demostraciones hostiles que se llevaron a cabo contra el vicepresidente Nixon hace tres años revelaron dramáticamente en qué medida se habían deteriorado las relaciones interamericanas a partir de la Segunda Guerra Mundial. Pero fue Fidel Castro el que acabó por despertar del todo al Tío Sam. Es así como ahora vemos una plétora de programas destinados a hacer olvidar a los latinoamericanos la imagen de posguerra de nuestro país más bien identificada con la figura dickensiana del Tío Shylock. La "Alianza para el Progreso" ⁽²⁾ del Presidente Kennedy y las advertencias y sugerencias del *It Is Not Too Late in Latin America* ⁽³⁾ (No es demasiado tarde en América Latina) son caminos similares conducentes al mismo objetivo. En las palabras de nuestro joven y dinámico presidente, "nuestra tarea consiste en demostrar al mundo entero que la sedienta demanda del hombre por el progreso económico y la justicia social puede ser satisfecha mejor por hombres libres laborando en el marco de las instituciones democráticas" ⁽⁴⁾

Como el mal ya ha sido diagnosticado por tantas personalidades eminentes, parecería superfluo añadir una opinión más al respecto. Pero, como lo señalara Hebert Matthews, "no hay 'expertos' sobre América Latina; lo que hay son peritos en ignorancia" ⁽⁵⁾ Atrevámonos entonces a agregar nuestra propia lista de recomendaciones a las que están en circulación. Las proposiciones que siguen formaron el núcleo de una conversación de sobremesa en el Southern Cross Club, de Nueva York, el 1º de febrero del corriente año. Aclaremos pues que no se trata de sugerencias originales. Representan la entraña de las ideas vertidas por amigos que desde hace mucho tiempo están empeñados en hallar los medios de llenar el vacío entre Ariel y Calibán. Por mi parte, estando sustancialmente de acuerdo

-
2. JOHN F. KENNEDY, *Alianza para el Progreso*, Publicación del Departamento de Estado Nº 7164, Serie Internacional Nº 65, Washington, Marzo de 1961.
 3. J. PETER GRACE, *It Is Not Too Late in Latin America*, Nueva York, 1961.
 4. JOHN F. KENNEDY, op. cit., pág. 3.
 5. HERBERT L. MATTHEWS, "Diplomatic Relations", *The United States and Latin America*. Ed. Universidad de Columbia. Nueva York. 1959, pág. 193.

con tales puntos de vista, siento como deber mío el presentarlos a la consideración pública, liberalmente sazonados con ideas propias, en vista de que mis interlocutores de aquella ocasión prefieren quedar en el anónimo. Podemos agrupar las sugerencias específicas en cinco categorías, correspondientes a las esferas política, económica, militar, diplomática y cultural.

I — SUGERENCIAS EN EL AMBITO POLITICO

- 1) Que el presidente Kennedy intensifique sus entrevistas con jefes de Estado Latinoamericanos con la mayor premura y frecuencia posibles. La visita oficial del Presidente del Perú, Manuel Prado, es en ese sentido un paso adelante, como también lo es el viaje "extraoficial" a Nueva York y a Washington del Presidente argentino Arturo Frondizi. Sería de sumo provecho que fuera el Sr. Kennedy quien hiciera las visitas, siempre que las condiciones lo permitan.
- 2) Que se deje sentado claramente en los países de regímenes no democráticos que el reconocimiento de los mismos no implica su aprobación, y que las actividades de todos nuestros funcionarios que están en contacto con tales gobiernos se ajustan a una interpretación estricta de esa política. Eso naturalmente requiere la presencia de embajadores de criterio bien maduro. Para cargos tan delicados las buenas intenciones no bastan.
- 3) Que se designen embajadores sólo a quienes poseen las calificaciones específicas para actuar en tal carácter en Latinoamérica. Son factores de fundamental importancia el dominio del idioma y la experiencia previa en la región de que se trate. Pero el éxito de hombres como Dwight Morrow en México y Walter Hove en Chile indica que los nombramientos políticos no deben descartarse del todo.
- 4) Que se estimule (y se permita) a portorriqueños calificados a desempeñar un papel más prominente en los asuntos interamericanos. Los nombramientos del Dr. Arturo Morales Carrión como subsecretario asistente de Estado para asuntos interamericanos, y del Dr. Teodoro Moscoso como embajador en Venezuela, marcan un comienzo promisorio de esa política.
- 5) Que se abandonen los *slogans* gastados como el de la Doctrina Monroe y se los reemplace por un énfasis mayor en la responsabilidad común en la defensa del hemisferio. Para millones de latinoamericanos esa "doctrina" significó una mera excusa para

contener la expansión europea en el Nuevo Mundo con el fin de que Estados Unidos pudiera realizar la suya sin dificultades en puntos tales como Texas, California y Panamá.

- 6) Que se ofrezca a la República de Panamá la oportunidad de compartir la administración del estratégico Canal. Nuestras fuerzas armadas aceptaron los servicios de los ciudadanos panameños en dos guerras mundiales. Aunque más no fuera que por razones de reciprocidad en el trato, debería invitarse a la nación hermana a participar en los asuntos del Canal. Permítaseme manifestar aquí que si yo fuese un panameño que ofrecí mi vida por Estados Unidos en tiempo de guerra —y mi ofrecimiento fue aceptado—, me desagradaría el verme apartado del Canal por razones de seguridad en tiempo de paz.
- 7) Que se otorgue a la Organización de Estados Americanos la propiedad total de los terrenos donde tiene su sede la Unión Panamericana en Washington. (El senador por Wyoming Gail McGee ha llegado hasta a proponer que la OEA sea trasladada al sur del Río Grande).

II — SUGERENCIAS EN EL CAMPO ECONOMICO

- 1) Que se dé mayor relieve a nuestro deseo de cooperar en la aceleración del desarrollo económico en América Latina a través de la operación "Alianza para el Progreso" y cualesquiera otras de similares propósitos. Debería considerarse la posibilidad de constituir un ente administrador internacional que actúe según los lineamientos de la TVA⁽⁶⁾ para desarrollar industrias básicas e implantar proyectos en los terrenos de la energía, de la irrigación y del transporte.
- 2) Que se dé la seguridad a los latinoamericanos de que estamos dispuestos a suministrarles, para fomentar su productividad económica, fondos públicos a bajo interés y a largo plazo y capitales privados. Debemos descalabrar el andamiaje de la propaganda chino-soviética consistente en hacer creer que el Tio Sam trata de "chupar la sangre" —como vulgarmente se dice— de sus vecinos más débiles.
- 3) Que se tomen medidas para asegurar precios estables para las materias primas latinoamericanas. Los convenios internacionales no tienen sentido sin la participación de los Estados Unidos. Desprovistas de divisas esenciales, nuestras hermanas repúblicas difícilmente pueden adquirir productos norteamericanos.

- 4) Que se propugne la formación de un "mercado común" para todo el hemisferio, dejando en claro que no tenemos la intención de que se convierta en un campo de *dumping* para nuestras exportaciones o para nuestros capitales excedentes.
- 5) Que se trate de lograr un acuerdo interamericano sobre la justa compensación de la propiedad nacionalizada, quizás con el establecimiento de una autoridad especial dentro del marco de la OEA para garantizar los pagos en tal concepto.
- 6) Que se establezca en la OEA un código uniforme para la reglamentación y protección de las inversiones privadas foráneas en América Latina. Dado el actual clima de temor e incertidumbre, requiérese un renovado estímulo para incrementar la corriente de capitales privados a sectores vitales de las economías latinoamericanas, en tanto que deben evitarse las dificultades económicas y políticas inherentes al control de las actividades económicas básicas.
- 7) Que se dé alta prioridad a la asistencia técnica y financiera para la reforma agraria. En algunos casos la solución puede consistir, en último término, en la industrialización, pero el problema más apremiante es ahora alimentar la creciente población de América Latina. Una parte de los 500 millones de dólares autorizados por el Congreso el año pasado puede ser utilizada para eliminar los sistemas feudales de propiedad de la tierra. Ese debe ser el primer paso, y por cierto el más significativo.
- 8) Que se utilice la ayuda técnica y financiera, en combinación con la persuasión, para que se lleven a cabo reformas impositivas allí donde hagan falta. Podría eliminarse mucho descontento popular y podrían aumentarse considerablemente los ingresos fiscales si se dictasen leyes impositivas equitativas y se las aplicase con adecuada energía. En no pocos países hay impuestos que lamentablemente son soportados con preferencia por las capas más necesitadas de la sociedad. La gravitación de esa injusticia ha sido destacada tanto por el gobierno de Eisenhower como por el de Kennedy, pero queda por verse si tales esfuerzos esclarecedores no se estrellarán contra los intereses creados fuertemente atrincherados.

III — SUGERENCIAS EN EL TERRENO MILITAR

- 1) Que no se preste asistencia militar a regímenes que no se adecuen a las normas de democracia aceptadas por la OEA. Las armas

que enviamos a Batista, verbigracia, no nos prestigiaron ante el pueblo cubano.

- 2) Que se supriman las misiones militares norteamericanas, salvo donde están manifiestamente destinadas a la defensa hemisférica. Las misiones militares pueden irritar al orgullo nacional y tienden a identificar a los Estados Unidos con elementos que algunas veces son mal mirados por las clases media y trabajadora. Esa aprensión se verifica particularmente en países donde una gran proporción del ingreso nacional va a parar a las fuerzas armadas y se gasta relativamente poco en atención sanitaria, educación pública, seguridad social, etc.
- 3) Que reciban con digna acogida los esfuerzos de los países latinoamericanos por reducir los gastos militares al mínimo compatible con la seguridad interna.
- 4) Que los miembros de las misiones militares sean seleccionados sobre la base de la capacidad individual no sólo en el aspecto castrense sino también en el diplomático. Teniendo en cuenta la gran magnitud de nuestras fuerzas armadas y el personal relativamente pequeño que usualmente integra las misiones militares, no debe resultar gran problema encontrar candidatos adecuados, especialmente si ese tipo de tareas fuese debidamente registrado en las fojas de servicios a los efectos de la graduación.
- 5) Que sea apoyada la creación de una fuerza militar interamericana bajo la supervisión de la OEA, solamente para proteger al hemisferio de la agresión externa.

IV — SUGERENCIAS SOBRE EL PERSONAL DEL SERVICIO EXTERIOR

- 1) Que el personal reemplazante llegue antes de la partida del personal saliente, para asegurar una transferencia ordenada de responsabilidades. En ocasiones hemos tenido que conformarnos con un joven encargado de negocios *ad interim* en momentos en que la situación hacía necesaria la presencia de un hombre con el prestigio y la capacidad de un embajador experimentado.
- 2) Que se instituya la norma de que el personal asignado a Latinoamérica preste servicios allí por un mínimo de diez años. Por brillante que sea un funcionario diplomático, de poco vale —para los fines que analizamos— cuando va rotando por el globo terráqueo de un punto a otro cada dos o tres años. Habiendo tantas

naciones diferentes en América Latina, no hay peligro de "anquilosarse" en determinado ambiente por falta de variedad.

- 3) Que, antes de comenzar a desempeñar sus cargos decenales, se dé a todo el personal jerárquico, incluso a sus esposas, por lo menos seis meses de adiestramiento específico intensivo. Puntos de ineludible enseñanza han de ser: dominio del idioma; familiarización con la historia, la geografía, la cultura, las tradiciones, las costumbres y la idiosincrasia de los pueblos iberoamericanos, y preparación especial para el cargo que se ha de detentar. Cabe notar que sus colegas de detrás de las "Cortinas de Hierro y de Bambú" reciben de tres a cuatro años de una preparación semejante cuando son destinados al extranjero y todo indica que el tiempo que se pierde con ello está ampliamente justificado.
- 4) Que sean reclutados jóvenes universitarios de ambos sexos que posean buena base de conocimientos sobre América Latina, el eco que se ha hallado el Cuerpo de Paz prueba que no hay falta de interés o de entusiasmo para el servicio exterior bajo condiciones desfavorables. El envío sistemático al Sur del Río Grande de universitarios seleccionados para completar sus estudios podría acentuar en ello el interés por las cosas latinoamericanas, engendrando eventualmente un número sustancial de elementos deseosos de hacer carrera en el servicio oficial después de recibido el título universitario. Cabe destacar, por lo demás, que algunas de las más grandes empresas norteamericanas radicadas en Latinoamérica han descubierto para su beneficio que es un medio sumamente positivo para atraer a los estudiantes sobresalientes.

V — SUGERENCIAS EN MATERIA CULTURAL

- 1) Que se impulse la creación de una universidad interamericana gratuita, con fondos y personal suministrados por todas las naciones americanas, donde puedan ingresar sólo quienes aprueben exámenes ad hoc y estén, en cuanto al número de candidatos, dentro de la proporción que se fije para cada país sobre la base de su población. Tal Universidad de las Américas podría estar situada, digamos, en Colombia, que ostenta una de las más ricas tradiciones culturales del hemisferio y está situada a mitad de camino entre ambas Américas.
- 2) Que se auspicien programas tendientes a intensificar los contactos entre los estudiantes norteamericanos y latinoamericanos en los niveles secundario y universitario. Algunos programas limitados

de intercambio en esa dirección fueron iniciados después de las amargas experiencias del ex-vicepresidente Nixon en 1958. Naturalmente, no son más que algunos granos de arena en relación con las necesidades totales. Además, los planes de largo alcance están virtualmente imposibilitados por la necesidad de arrancar al Congreso cada año las leyes de aprobación correspondiente.

- 3) Que se asignen más fondos al intercambio de dirigentes sindicales y que se ayude financieramente a los gremios norteamericanos interesados en jugar un papel más activo en el desarrollo de movimientos obreros genuinamente democráticos en América Latina. Los extremistas Latinoamericanos, al dirigir sus invectivas contra los que para ellos son los ogros imperialistas de Wall Street y los señores de la guerra del Pentágono, lo hacen a menudo en sincera ignorancia del tremendo poder y responsabilidad de los sindicatos en los Estados Unidos. ¿Cuántos de ellos saben, por ejemplo, que al tiempo que Walter Reuther ha sido calificado de títere de los monopolistas por Jrushchov, fue denunciado como elemento radical izquierdista por el mundo de los negocios?
- 4) Que se extiendan los programas para el envío de jóvenes artistas norteamericanos (músicos, pintores, escultores, etc.) a América Latina, contemplando estadas de mayor duración, aunque ello obligue a tocar menos puntos en los itinerarios. Deben ser intercambios culturales en profundidad y no simples contactos superficiales y fugaces.
- 5) Que se dé mayor respaldo a los intercambios recíprocos de estudios cuya estada en el país anfitrión oscile entre dos y cuatro años.
- 6) Que en los programas de difusión general de las cosas norteamericanas destinados a América Latina se eviten las descripciones relamidas de las realizaciones norteamericanas en términos de progreso económico o político. Es mejor subrayar nuestros esfuerzos que llevan por mira la justicia social y el progreso de la comunidad a través de las instituciones democráticas, como asimismo los que muestran nuestro deseo de colaborar con las naciones latinoamericanas para mejorar las condiciones de vida, en lo material y en lo espiritual, de los pueblos de allende el Río Grande. El insistir demasiado en nuestros televisores, lavaplatos y automóviles de trescientos caballos de fuerza sólo sirve para malquistarnos aun más ante quienes, en medio de su pobreza, naturalmente no pueden mirar con buenos ojos a los que, por comparación, nadan en la abundancia. No debemos olvidar por eso

que también hemos hecho progresos espectaculares en los frentes educativo y cultural, por lo que nuestro empeño difusor tiene allí amplio campo de acción. En suma, debemos hablar más de Ariel y menos de Calibán. Eso presupone, como es lógico, el empleo de gente capaz de comprender e interpretar tales factores en nuestros organismos oficiales, tanto “en casa” como en el extranjero.

- 7) Que se hagan más traducciones castellanas y portuguesas de nuestras mejores obras de ensayo para ser distribuidas al costo, o aun gratuitamente, por intermedio de las bibliotecas del Servicio de Información de Estados Unidos ubicadas en nuestras hermanas repúblicas. Y millares de ejemplares deben ser remitidos a las bibliotecas públicas. Después de dar conferencias en dieciocho universidades de ocho naciones latinoamericanas, en mis oídos todavía resuenan las quejas (por lo general justificadas) de estudiantes y profesores en el sentido de que las bibliotecas del Servicio están lamentablemente escasas de obras importantes sobre ciencias económicas y políticas. Y por cierto que ese material abunda de fuentes chino-soviéticas, en traducciones excelentes.
- 8) Que se difundan más los éxitos logrados por Estados Unidos en cooperación con determinados países. Con demasiada frecuencia los pueblos latinoamericanos no llegan a saber de dónde procede el dinero para construir un camino vital, un dique, un puente, etc. Es realmente extraño que una nación donde el arte de la publicidad ha adquirido un refinamiento y un vuelo tan notorios no haya conseguido aun comunicarse aceptablemente con los pueblos iberoamericanos.

Pocas de las precedentes proposiciones son de implementación fácil o barata. Pero me agradaría añadir una más, una sugerencia que al contribuyente norteamericano no le costaría **virtualmente nada**, y cuyas consecuencias pueden ser **incalculablemente saludables**. Como evidencia de que le damos a Ariel mayor importancia de lo que suponen muchos latinoamericanos, sería deseable la creación de una nueva condecoración civil: la “Orden de las Américas”. No sería una Legión del Mérito militar, como la que fuera otorgada, por ejemplo, a dictadores como Marcos Pérez Jiménez, cuya presencia en territorio norteamericano —dicho sea de paso— no favorece en lo más mínimo, ni a nosotros ni a los pueblos vecinos. Nada que represente **despotismo** debe asentarse en nuestro suelo.

Tal “Orden de las Américas” estaría reservada exclusivamente a civiles, a personalidades de relevante actuación en las artes, letras,

ciencias, contribuciones sociales, gobierno, etc., que hayan promovido una mejor comprensión interamericana. Rendiríamos así tributo a la obra de un Rómulo Gallegos y no de un Pérez Jiménez; a un Fernando Ortiz y no a un Fulgencio Batista. Honraríamos a notabilidades de la significación de un Heitor Villalobos, de un Diego Rivera, de un Oscar Niemeyer, de una Gabriela Mistral, y aun de un José Enrique Rodó. Distinguiríamos a un Rómulo Betancourt, a un Alberto Lleras Camargo y a los demás estadistas caracterizados por su señalada actuación en defensa de las instituciones democráticas. Y galardonaríamos la integridad moral de un Pedro Eugenio Aramburu, peregrino caso en América de un militar gobernante *de facto* que trató esforzadamente autolimitarse en el poder y de volver a inculcar a su pueblo el apego por la democracia, para entregar finalmente el gobierno, en el plazo prometido, a quienes resultaron elegidos para ello en comicios libres e impecables.

Muchos de nuestros ciudadanos (inclusive el que habla) han sido condecorados por gobiernos latinoamericanos. Sin embargo. Estados Unidos no ha procedido a la recíproca. Considerando la liberalidad con que hemos otorgado medallas a nuestros soldados, marinos y aviadores durante la Segunda Guerra Mundial —generosidad que fue más que llamativa para nuestros aliados europeos—, la deficiencia apuntada resulta una paradoja, incompatible con una norma de valores que coloca los menesteres pacíficos por encima de los militares.

Es tiempo de exteriorizar concretamente el convencimiento de que Ariel —“la parte noble y alada del espíritu” en el sentir de Rodó— significa más para nosotros que Calibán, o que Marte.